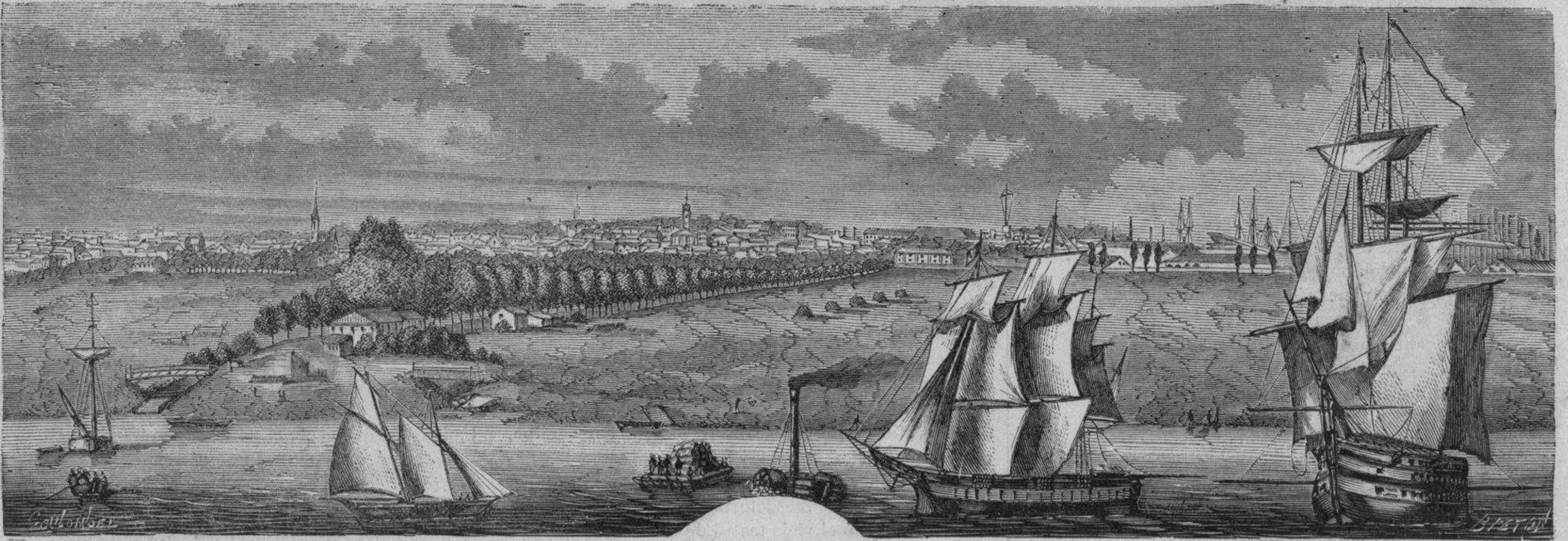


El Periódico ilustrado.



Año I.—Número 42.
DEL 1.º AL 11 DE FEBRERO DE 1866.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.º

SUMARIO.—*Los reyes de Bélgica.*—*Revisita de la Semana,* por Palacio.—*Madrid á vista de pájaro,* por F. T. y Benedicto.—*El bien peralado,* por A. G.—*La batalla de Guadalete,* por A. H. y Ruiz.—*Efemérides,* por S. V. Hernandez.—*Rochejor.*—*Lo que quiero ser,* por F.—*Marina.*—*Regreso del Papa á Roma.*—*La diana de 1.º de año en el palacio de las Tullerías.*

LÁMINAS: Rochejor.—Los Reyes de Bélgica.—Regreso del Papa á Roma.—La diana de 1.º de año en el palacio de las Tullerías.—Plaza del Congreso de Bruselas, decorada para los funerales de Leopoldo I.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.		UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID. } 5 cuartos en PROVINCIAS.
Provincias.	Un año 28 » —Seis meses 14 »	
Ultramar. .	Un año 80 » —Seis meses 50 »	

LOS REYES DE BÉLGICA.

En el número 34 de nuestro periódico publicamos el retrato y biografía de Leopoldo I, monarca de los belgas, muerto recientemente, y padre del actual que damos hoy á conocer.

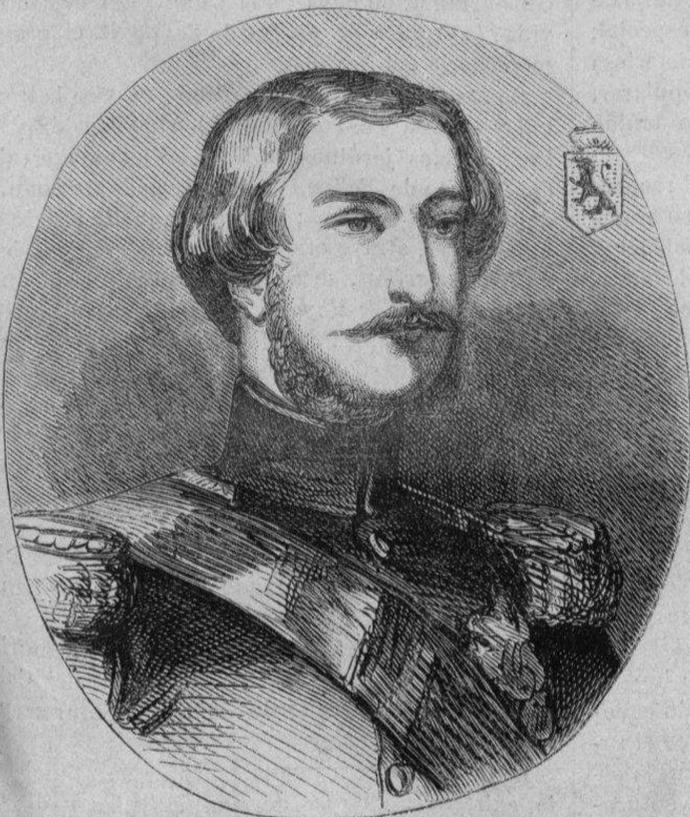
Leopoldo II nació el 9 de abril de 1835, y en 22 de agosto de 1858 contrajo matrimonio con María Enriqueta, archiduquesa de Austria, algunos años más joven que él. Sus prendas personales, y la brillante educación que recibió de sus mayores, le hacen merecedor del cariño que el pueblo le profesa, y de las simpatías con que le distinguen los demás soberanos de Europa,

de lo cual es una prueba evidente el hecho de haberle escogido la reina de España para padrino del último infante que ha dado á luz.

Todos saben que la Bélgica es uno de los países más adelantados y libres del continente, lo cual es debido, sin duda alguna, además de su riqueza, al carácter de sus habitantes y al respeto que guardan á sus leyes. Dividida en siete provincias, de las cuales la más importante es la que lleva el nombre de Brabante meridional, cuenta con una población de más de cuatro millones de almas, cuya primera ocupación es la industria y el comercio, siendo sus principales centros Bruselas, Gante, Lieja y Malinas, tan célebre por sus encajes.

Muchos años de gobierno constitucional sinceramente practicado, y la tolerancia consiguiente á este sistema, han hecho de aquel país una especie de terreno neutral donde todas las opiniones tienen cabida, todos los desterrados patria, y todas las ciencias noble y entusiasta cultivo. Sus universidades pasan por ser las primeras del mundo, y en el terreno del arte, tiene siempre continuadores dignos de aquellas escuelas que son aun la admiración de los inteligentes.

Esperamos que bajo el cetro de Leopoldo II, la Bélgica acrecerá todavía más su importancia, y que la obra del buen Leopoldo I hallará en su hijo un leal y sábio continuador.



S. M. LEOPOLDO, REY DE LOS BELGAS.



S. M. MARIA ENRIQUETA ANA, REINA DE LOS BELGAS.

REVISTA DE LA SEMANA.

Yo no sé nada: de Madrid ausente
sonaron en mi oído
confusas voces de asombrada gente
y hasta llegué á temer un estallido.

Temer dije, y retracto
la palabrilla cándida en extremo,
que para ser exacto
algo podré deber, mas nada temo.

Bebiendo manzanilla
hallábame en Sevilla,
ciudad que Dios adora
y donde pienso yo que oculto mora,
cuando oí pregonar *El Ilustrado*
y dije: sin revista se ha quedado.

Castigo á mi pereza
pensé imponer siguiendo la costumbre,
mas seca mi cabeza
de aquel ardiente sol bajo la lumbre,
ni que decir sabia,
ni me quise acordar de que escribía.

En Cádiz me ví luego
cual suele verse el pez entre las redes,
y recobró mi espíritu el sosiego,
y me acordé de ustedes.

¡Cádiz! ¡Qué hermosa es! Gentil sirena
el mar la ciñe con amantes lazos,
y ella de vida llena
aun da á la tierra sus tendidos brazos:
se duerme de las olas al concierto
cual niño indócil al materno arrullo,
y palma que se eleva en el desierto
parece por su orgullo.

De ella recuerdos gratos
conservará mi pecho largos días,
pese á algun pelagatos
que quiso allí turbar mis alegrías,
creyéndose el muy necio
digno tal vez de más que mi desprecio.

Afecto hallé sin tasa
donde quiera que fui; fieles amigos
abrieronme su casa
y ellos de mi placer fueron testigos.

En esto un rumor vago
nos anunció catástrofes sin cuento,
guerra, sangre y estrago,
en fin, un movimiento,
del cual tan solo en Cádiz se sabia
lo de que se movía.

Yo escuché aquel rumor y dije ¡tate!
pues la tormenta brama,
y yo no tengo puesto en el combate
me quedaré en la cama.

Y hoy de mi decision casi me alegro
porque si he de ser franco,
visto de cerca, es negro
lo que visto de lejos era blanco.

Tal ha sido mi vida
en un mes que alejado de la corte,
por la tierra del árabe querida
viajé sin pasaporte.

Hoy que á mi hogar tornado
me encuentro como siempre, sano y bueno,
si no lo que ha pasado
porque no es nada ameno,
de lo que pase os contare la historia;
y en ligeras revistas,
del nuevo autor ponderaré la gloria,
de la feliz doncella las conquistas,
de bailes y reuniones
os haré pintorescas descripciones,
y mi mayor ventura
será, si yo me porto como espero,
saber que al acabarse la lectura
dice alguna hechicera criatura:
—Pues señor, me hace gracia el revistero.

M. DEL PALACIO.

MADRID A VISTA DE PAJARO.

Madrid, rival de la imperial Toledo, invicta villa que
ha sabido cubrir su oscuro origen con un manto de
resplandores, la morisca fortaleza de Alimenon, la flor-
rida mansion de Juan II, corte poderosa de los Felipes

de Austria y favorita despues de los Cárlos y Fernan-
dos; Madrid, tendida en sus colinas, reclinada al bor-
de de su humilde rio, alzando altiva sus régios monu-
mentos, como si pretendiese fascinar con tal grandeza
á los que deploran su preponderancia sobre la ciudad
del Tajo, presenta aun en sus edificios, en los gráficos
nombres de sus calles, vivos recuerdos de otra edad y
que son otras tantas credenciales de nobleza y valia.

No busqueis en sus cercanias alfombras de verdu-
ra, ni cristalinas y caudalosas corrientes; yerros des-
siertos, lomas incultas son el paisaje que presentan
sus campiñas, que en vano pretenden animar con sus
esfuerzos la industria y la agricultura.

Sin embargo; tended sobre la poblacion una rápida
mirada retrospectiva y hallareis la memoria del pasa-
do esculpida en cada piedra.

La célebre Puerta del Sol, ese magnífico BOULEVARD,
cuya etimología nos recuerda el tumultuoso periodo
de las comunidades, es como el centro del rádio de
donde parten todas esas arterias que rebosando ani-
macion y vida constituyen el casco de la poblacion.

La calle de Carretas encierra tambien la memoria
de las alteraciones referidas; á la entrada de la calle
Mayor y donde hoy se levanta la casa llamada de Cor-
dero, existieron las populares Gradas de San Felipe,
mentidero general, bazar de malicias, y como si dijé-
ramos, el *Café suizo* de nuestros padres; en los labe-
rísticos barrios de la Victoria saludaremos el solar
donde se levantó el viejo teatro de la Cruz, el primer
coliseo madrileño, que por los años de 1500 y en la
grosera forma de *corral*, resonaba con las nacientes
creaciones de los Ruedas y Castros, y más tarde tem-
plo dichoso de las ilustres musas españolas.

La plazuela del Progreso nos recuerda al inimitable
Gabriel Tellez, monje mercenario en el convento que
en ella se alzaba, y que con el nombre de Tirso de Mo-
lina tantos lauros habia de alcanzar en la escena.

La calle de Juanelo nos habla del ingenioso archi-
tecto de su nombre y de dos personajes insignes que
allí tuvieron sus moradas, una santa y un sábio, un
ángel y un génio, Teresa de Jesus y D. Gaspar Mel-
chor de Jovellanos.

La calle del Duque de Alba es un recuerdo al domi-
nador de Flandes.

El Rastro, con sus tipos gráficos, sus costumbres
invariables, parece que espera aun la visita de sus
dos génios predilectos, del pincel y de la pluma de
Goya y Ramon de La Cruz.

En la plazuela de la Cebada se alza la sombra de un
mártir, de Rafael del Riego.

La de San Andrés guardaba en la derruida casa de
los Lasos una viva memoria de reyes y de prelados.

La del Alamillo no encierra ya ningun vestigio del
divan ó tribunal árabe que le dió nombre; solo en la
vecina calle del Almendro, el antiguo caseron conoci-
do por *El palacio del moro*, encierra vivos destellos de
aquella raza pintoresca y conquistadora.

La calle de Segovia ha perdido ya la importancia
que en el siglo xvii gozaba; su fuente de los Caños
Viejos ha desaparecido; la maciza y antigua iglesia de
San Pedro la presta aún cierto tinte severo y especial;
en su arabesca torre se halla aún aquella misteriosa
campana, tan nombrada en las consejas populares,
colocada en su lugar por los ángeles y cuyo tañido
ahuyentaba las tempestades.

La calle del Estudio de la Villa conserva el recuer-
do de Cervantes, porque allí se vé la casa de su vene-
rable mentor, el Maestro Hoyos; al fin de la poblacion
por aquel punto se estiende la ancha vega, el Manza-
nares murmura entre la sombra de los olmos, y los
gigantescos puentes de Toledo y Segovia abrazan al
rio con sus brillantes arcos de piedra; la famosa *Tela*
se conserva en parte, el paseo favorito de las damas y
galanes de Lope y Calderon; más allá la pintoresca
pradera del Corregidor recuerda las célebres veladas
de San Juan en tiempos del rey-poeta, ó las romerías
gráficas de la manolería en los de Aranda y Jove-
llanos.

Allí abre su entrada la villa al través de elegantes
ramblas y jardines donde aún se halla sobre un peda-
zo de muro una efigie de la Virgen en memoria de la
milagrosa imágen de la Almudena, venerada hoy en
la próxima iglesia de Santa María; el escondido calle-
jon que cruza por detrás de este edificio evoca el re-
cuerdo del asesinato de Escobedo; allí se vé aún la os-
cura reja á cuyos hierros asido espiró el desventura-
do secretario de D. Juan de Austria; á la espalda de
la misma iglesia existe tambien la puerta en cuyo
dintel presenció Felipe II, oculto en la sombra, la

prision de la princesa de Éboli, cómplice de Antonio
Perez y que en el misterio de la noche fué llevada á la
fortaleza de Pinto.

El grandioso palacio de nuestros reyes, se levanta
colosal con sus columnatas de granito y sus atrevidas
galerías, en el mismo lugar que se alzaba el antiquísi-
mo alcázar incendiado en tiempos de Felipe V.

En la plazuela de la Villa puede contemplarse la cé-
lebre torre de los Lujanes, prision de Francisco I.
Formando escuadra con ella, se halla el palacio de
Cisneros; á la espalda, y sobre la calle del Sacramento,
tiene aún este edificio el histórico balcon desde el
cual enseñó el ilustre prelado á los nobles, los milita-
res aprestos con que pensaba gobernar el reino du-
rante su regencia; preso en este mismo palacio el se-
cretario Antonio Perez, escapó de él en aquella me-
morable noche de un Miércoles Santo.

En la plazuela de San Justo, se vé la iglesia de este
nombre, refugio de Antonio Perez en su primera per-
secucion y desde cuyas bóvedas fué arrastrado al
castillo de Turégano.

La calle Mayor recorta sus antiquísimos portales de
piedra; esquina á la de Milanese se levantaba la vis-
tosa Puerta de Guadalajara; frente y en una elegante
lápida, puede leerse el nombre venerado de *Calderon
de la Barca*, poeta insigne que en dicha casa vivió y
murió.

En la gran Plaza Mayor, edificada por Felipe III, los
torneos y fiestas de toros alternaban con los nefandos
autos de fé.

Los porches de la calle de Coloreros recuerdan el
asesinato de Villamediana; la iglesia de San Ginés el
nombre de Quevedo; allí en la cuesta de los Caños, en
los mágicos jardines de la Priora se alzó el popular
teatro de Los Caños del Peral, primer templo dedicado
en Madrid á la ópera italiana; en la Subida de Santo
Domingo hállase el severo convento del mismo nom-
bre; su iglesia guarda la sepultura del rey D. Pedro el
Cruel ó el Justiciero, y en sus cláustros el prelado Bar-
rientos, y por orden de Enrique III, entregó al fuego
con impiedad cruel, los libros y manuscritos del céle-
bre D. Enrique de Villena, conocido por «El Nigro-
mante.»

En la plaza de Santo Domingo tuvo lugar el motin
contra Oropesa durante el reinado de Cárlos II, y en
el de Cárlos III, tambien en dicho sitio, dió comienzo
el tumulto contra Esquilache; próxima se halla la calle
de Isabel la Católica: en la casa señalada hoy con el
número 4, estuvieron las prisiones de la Inquisicion,
y á pesar de sus reformas consérvanse aun vestigios
de sus lóbregos y dilatados subterráneos.

La calle Ancha de San Bernardo ostenta á su final
un suntuoso palacio, que fué habitacion y cárcel más
tarde, del poderoso D. Rodrigo Calderon, marqués de
Siete Iglesias, privado de Felipe III, que de aquel edi-
ficio salió para el cadalso alzado en la Plaza Mayor.

En las cuevas de Leganitos se goza del hermoso pa-
norama que presenta la vega, el rio, los frondosos bos-
ques del Pardo, y más lejos las nevadas cumbres del
Guadarrama, en cuya falda se anida la octava mara-
villa, la crónica de piedra de Felipe II, el grandioso
monasterio del Escorial.

En los altos de San Bernardino se divisa la tradicio-
nal y vetusta *Casa del duende*; á su espalda y sobre
los soberbios jardines de Liria se levanta el alcázar
del favorito de Felipe IV, D. Gaspar de Guzman, con-
de-duque de Olivares; cruzando aquella red de calles
y plazuelas, atravesando á los característicos barrios
de *Las Maravillas*, se encuentra el recuerdo impere-
cedero del *Dos de Mayo* de 1808, allí se vé escrito so-
bre las viejas tápias de Monteleon, cubiertas aun de
balazos, y allí está tambien la puerta en cuyo dintel
cayó herido de muerte el heróico Velarde; siguiendo
los barrios de San Idefonso y en el centro de la calle
del Pez, entre las de San Roque y Madera Baja, se di-
visa la torrecilla de San Plácido con su tradicional
reloj.

El Postigo de San Martín guarda el eco de una haza-
ña de los madrileños cuando la minoría de San Fer-
nando.

La calle de Jacometrezo encierra la memoria del
ilustre grabador de Felipe II, y la del Caballe-
ro de Gracia, un recuerdo de tan aventurero perso-
naje.

La de la Montera pugna por fijar su etimología en
la existencia en ella de una singular y disputada
belleza; la de Alcalá presenta una vía suntuosa donde
un tiempo se estendian inmensos y desiertos oli-
vares.

La Fuente Castellana conserva el nombre con que la designan nuestros clásicos del siglo xvii, y junto al histórico Prado, eleva sus floridos bosques, sus seductoras umbrías, el *sitio del Buen Retiro*.

¡El Buen Retiro!

La mansión encantadora del Rey Felipe IV, con laberintos de acacias y cipreses, de sauces y rosales, con colinas alfombradas de tomillos y retamas, con estanques cristalinos, primorosos parterres y mágicos palacios. Allí, durante las tibias noches de Junio, sobre aquella laguna inmensa que refleja las estrellas del cielo, se levantaban los maravillosos teatros donde el gusto esquisito del soberano, apuraba todo cuanto el fausto podía apetecer; en él se representaban las cadenciosas fábulas de Calderon interpretadas por los Amarilis y Riquelmes; en aquellas praderas tapizadas de musgo, á la fascinadora luz de mil y mil faroles, tenían lugar aquellas régias recepciones y prodigiosas fiestas cuyo relato hoy nos encanta; las sombras de Villamediana y Alarcon parece que vagan entre las enramadas al pálido fulgor de la luna; á un extremo se levanta el nombrado cerrillo de San Blas, la pradera de los desafíos en donde se dirimian todas sus cuestiones los caballerescos hidalgos de aquel tiempo.

El monasterio de Atocha ostenta en el llano sus cenicientos muros; en el templo se ve la Sagrada Imágen rodeada de joyas y flores, de banderas, que cada una forma una epopeya de trofeos alcanzados por el valor español en Lepanto, en Pavia, en San Quintin y en Bailén; en los silenciosos claustros de la iglesia tuvo lugar aquella farsa solemne en que un descendiente de la gran Isabel I, tímido, medroso, vistiendo un tosco sayal y con un cirio encendido en la mano, rodeado de monjes y caballeros hincó la rodilla en tierra, y hundiéndose en el polvo su frente coronada, recibió los ridículos exorcismos de un fraile, mientras su acompañamiento entonaba con eco imponente un lúgubre MISERERE, pidiendo á Dios se sirviese librar al rey de España de los hechizos que le acosaban. ¡Desventurado Carlos II, sombra vergonzante de aquella raza de titanes!

El Prado, hoy elegante paseo y ayer sombría alameda, estiende sus calles de robustos y frondosos árboles, centro siempre de la sociedad madrileña; en él, y como glorioso testimonio de la heroicidad de un pueblo, eleva su aguja elegante el fúnebre Obelisco del *Dos de Mayo*, sarcófago de venerandas cenizas, levantado sobre el mismo lugar del sacrificio. Aquel sepulcro es la historia de una generacion de colosos; al tender sobre él la mirada, el pensamiento vuela de hazaña en hazaña; en los oídos parece que zumban los nombres de Zaragoza y Bailén, y ante la vista se visumbra en reflejos, el peñon de Santa Elena.

Entrando en la villa por la Carrera de San Gerónimo, el grandioso palacio rodeado de jardines, mansión de los Medinacelis, forma como la mitad de un anfiteatro en cuyo centro, sobre pobre pedestal, rica estatua de bronce representa al insigne Cervantes; en la próxima calle de su nombre, mírase la casa del inmortal autor y no lejos de ella la del célebre Lope de Vega, que luce sobre su primitiva fachada el busto elegante del *Fénix de los Ingenios*; Moratin habitó allí tambien y el mordaz caballero Santiagués, el inimitable Quevedo, dejó memoria y nombre en la cercana calle antes llamada del Niño.

El *mentidero* ó punto de reunion de los poetas y comediantes del siglo xvii se hallaba en la plazuela de Matute y no lejos del antiguo corral de la Pacheca, hoy teatro del Principe.

La iglesia de las Trinitarias nos hará lanzar un suspiro por la perdida tumba del autor del *Quijote*, y el templo de San Sebastian evocará el recuerdo de Lope de Vega, en sus bóvedas sepultado.

Madrid, sin remontarse á buscar noble origen en fabulosas edades, tiene brillante corona en los nombres de sus hijos ilustres, y gloriosos trofeos en sus hechos inmarcesibles.

El pueblo que entre sus escogidos varones cuenta un Isidro Labrador que vive entre los Santos; reyes y principes esclarecidos; capitanes como Giron y Vargas; hombres de Estado cual Antonio Perez; que puede presentar entre los historiadores un Oviedo y un Quintana; que ha dado á las artes pintores como Pantoja y Rizzi; arquitectos como Toledo y Villanueva; cuna de Lope, Calderon y Quevedo, de Ercilla, Tirso y Moratin; un pueblo leal que ha tenido por guia el valor y por costumbre el heroismo, no necesita buscar su nobleza en los fastos de un tiempo primitivo;

de sobra tiene con sus reconocidas prendas para ser respetado; para constituir el orgullo de la patria y asombrar á los estraños.

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

EL BIEN PERDIDO.

¿Do están los gratos dias
que corrieran al lado de mi amada?...
¿Dónde escuchar las dulces melodías
de su voz argentina y delicada?...
¿Dónde se fueron las tranquilas horas,
los hermosos momentos
en que admiré sus gracias seductoras,
en que alegró mis tristes pensamientos?
¿Dónde huyeron las noches apacibles,
las noches venturosas,
noches de santo amor, indescriptibles,
noches ¡ay! deleitosas?
¿Do se hundieron las tardes placenteras
de mi dicha fugaz? ¿Do las auroras,
plácidas, lisonjeras,
de mi paz y mi calma bienhechoras?
En el antro profundo del olvido
duermen el sueño eterno del pasado!
¡Dulces recuerdos de mi bien perdido!
¡Tristes memorias de mi bien amado!
¡Dormid en paz!

Suspiro pasajero,
quiméricas visiones,
fantasma engañoso, soplo ligero,
doradas ilusiones,
nube estival, sombría y vaporosa,
ráfaga misteriosa
y ensueño de fatídicas ficciones,
¡fueron mis amorosos desvaríos!
¡Cual el viento pasaron!
Cual diáfano vapor se disiparon.
¿Cómo acallar los sinsabores míos?
¡En la anchurosa sima
de mi dolor y acerba desventura
sepultaré mis penas!
Si el mudo sufrimiento nos sublima
sujetaré mis quejas, mi amargura,
del lánguido silencio en las cadenas!
¿Qué importan mis pesares,
mi dolorido ceño,
mis cuitados azares
si el mundo entona cántico risueño?
¿Qué importa que sucumba al golpe duro
de mi desgracia fiera,
si mi acento inseguro,
si mi voz lastimera
del júbilo se pierde en la ancha esfera!
Pero... lengua, enmudece,
no interrumpas del mundo la alegría,
si mi ánimo abatido desfallece
víctima de mortal melancolía
sufra solo el tormento
de infortunios sin cuento,
mas gocen los demás la melodía
del ansiado contento.

Yo tambien de mi amor en los albores
á la afliccion ajeno,
reté de las desdichas los rigores
vi en lontananza un porvenir sereno;
y en la faz inocente
de mi hada angelical fascinadora
vi apacibles sonrisas
más dulces que el arrullo de las brisas.
Acariciando el agua trasparente,
yo al cariñoso halago
de su nítida y célica hermosura,
desprecié del dolor el filo aciago,
soñé tranquilo un mundo de ventura!

Pero... ¡desprecio loco!
¡Plácidas ilusiones mentirosas!
De mi bien en el foco
se cebaron las flechas venenosas
que, con mano certera
la vil fatalidad le dirigiera!
Y al despertar mi espíritu adormido
de su feliz letargo
miró su amor perdido
vió el prisma engañoso del mundo amargo
y abortó melancólico gemido!

A. G.

LA BATALLA DE GUADALETE.

España, la joya ambicionada por los cartagineses y romanos, el pueblo de héroes que antes consintió sucumbir que entregarse al poder de las águilas romanas; la madre de Sagunto y de Numancia y de otras cien y cien ciudades tan nobles y valientes como estas; España, repito, veíase al presente desalentada y mística correr, á impulsos de una fuerza muy superior á la suya, hácia el abismo de la esclavitud y la impotencia.

España no era ya la nacion de los Recaredos y de los Wambas; no se veía sentado en el sόlio á un rey, que prefiriese la simple vida de un particular cualquiera, al esplendor y respeto de la de un monarca.

No existía ya en España un soberano que reuniera concilios en Toledo para tratar de la felicidad y bienandanza de sus pueblos.

Por todas partes veíase la desolacion y la muerte; en las ciudades presenciábanse escenas dolorosas; familias enteras morían de hambre, esterminadas y faltas de lo más necesario para su precisa subsistencia; los campos presentábanse áridos, y lo que es peor, sin conocerse ni poderse emplear remedio alguno contra este mal que aquejaba igualmente á toda España.

Y entre tanto su actual monarca, el desventurado D. Rodrigo, no veía en torno de sí nada de esto; solamente ambicionando placeres, malgastando su vida en escandalosas orgías, tratando sus allegados de que no conociera las desgracias que afligian á sus pueblos, curábase, como hemos dicho ya, muy poco ó nada de todo esto.

El pueblo murmuraba, y murmuraba con razon. No era el pueblo español entonces, lo que habian sido sus padres los godos, cuando con su valor arrancaron la hermosa España del poder de los romanos, del poder del pueblo rey.

Pero como éste, habia tenido sus dias de verdadero esplendor y gloria, y sus dias de infortunio; así los godos de España los habian poseido; pero monarcas débiles y pusilánimes habian traído la España al triste estado en que se hallaba.

Loco, desalentado y sin freno, corria Rodrigo al término de la desbordada carrera que al ascender al trono emprendiera.

Enamorado hasta el grado de la pasion de la *Caba*, pensaba únicamente en ella, y solo, solo enfrente de aquella hermosura tan funesta y encerrado en su palacio de Toledo, no se acordaba de que hallábase sobre un sόlio y de la responsabilidad que al ocupar éste tenían derecho á exigirle sus súbditos.

Grandes eran sus maldades y delitos; pero él, lejos de llorarlas arrepentido y desterrar de su reino la guerra civil que mantenía con los hijos de Witiza, buscaba en el estruendo infernal de las orgías y bacanales un alivio al natural cansancio de su vida.

Pero el cielo no permite nunca al mortal pasar de los límites que le señalara la naturaleza, y á aquel rey, oprobio de su raza, habia de alcanzarle su condigno castigo, el cual necesariamente habia de recaer sobre sus vasallos.

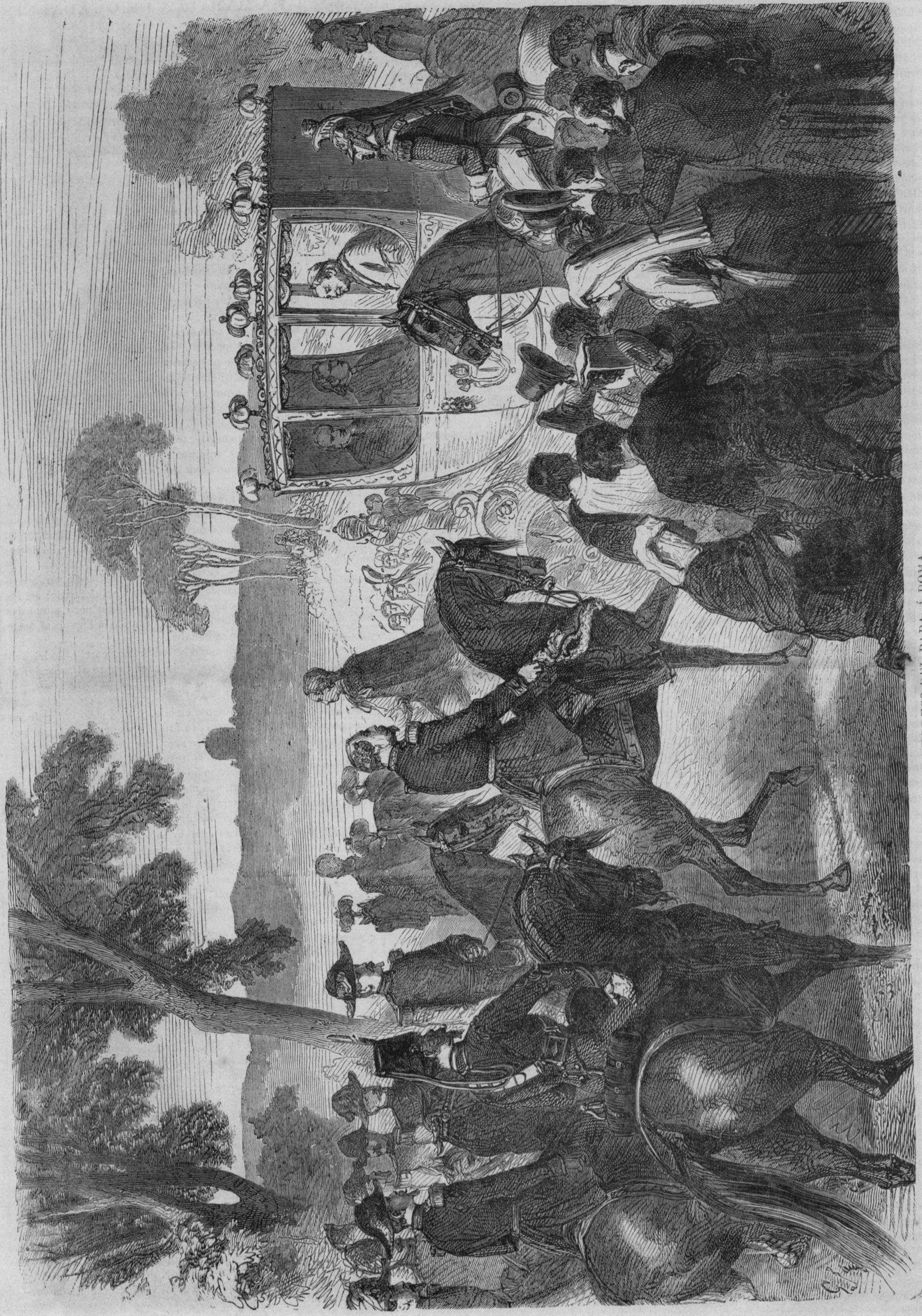
La traicion fué el instrumento de que entonces se valiera la Providencia; el conde D. Julian, gobernador de la Mauritania Tingitana y padre de la hermosa *Caba* (así la apellidaba el pueblo), ardiendo en ira contra D. Rodrigo, que más que su vida le habia robado, pues tratábase del honor de su hija; aquel anciano manchó sus nobles cabellos blancos con una traicion; en la cual, si bien iba envuelto el castigo de aquel desgraciado monarca, no es menos cierto tambien que con esto ocasionaba la desgracia de su patria.

¡Pasion atroz la venganza! ¡No reconoce límites en su intensidad!

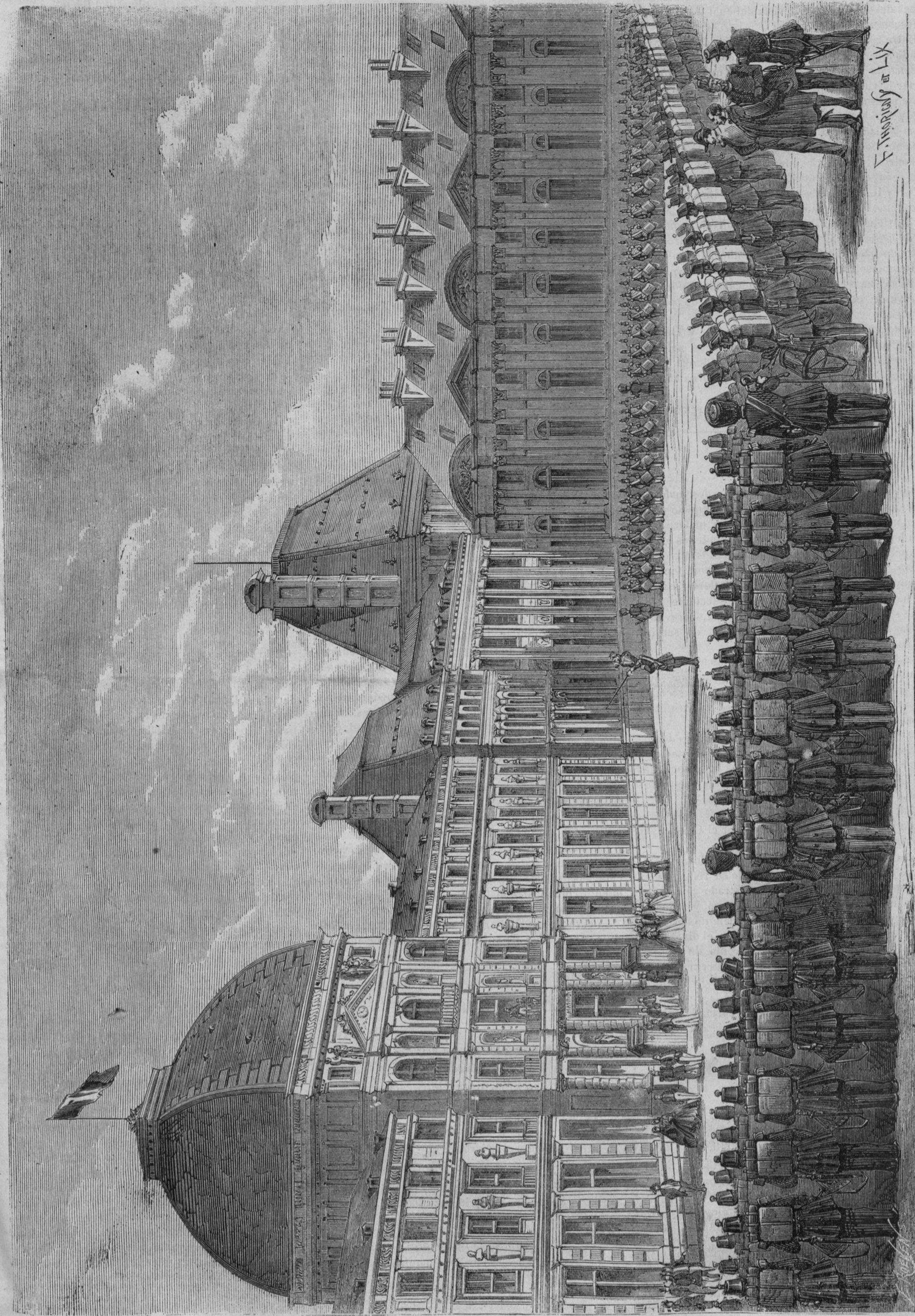
De concierto con el arzobispo de Sevilla D. Opas, tio de los hijos de Witiza, y Muza, gobernador del Africa por Uliz, califa de Damasco, hizo pasar un ejército de árabes á Andalucía al mando de Tarik, con objeto de apoderarse de España.

En aquel entonces los árabes componían un pueblo noble, valiente y civilizado, que saliendo de los desiertos de la Arabia, habia conquistado gran parte del Asia, todo el norte del Africa, y ahora, gracias á la traicion del conde D. Julian, iba á inundar la Europa como un torrente devastador, que nace, se engrosa y arrastra todo lo que encuentra en su precipitada corriente.

Rodrigo, apercebido tarde de lo que sucedía, sin embargo, habia reunido un ejército bastante numeroso á



REGRESO DEL PAPA A ROMA.



LA DIANA DE 1.º DE AÑO EN EL PALACIO DE LAS TULLERIAS.

la verdad, y el 31 de julio del año 714 cerca de Jerez de la Frontera atacáronse ambos ejércitos en las márgenes del Guadalete, á la vista del cual trabóse fuerte y descomunal batalla.

Entre las filas árabes veíase al conde D. Julian, buscando ansioso al rey para saciar con su muerte su desmedida sed de venganza, pero un dardo vino á cortar la vida de aquel traidor, muriendo en el instante mismo de ser herido.

A pesar de todo, los godos llevaban la mejor parte de la jornada, pero todavía no se habia consumado la traicion. D. Opas, encargado de una ala del ejército de D. Rodrigo, pasóse á los enemigos, siendo este incidente la señal de la derrota de los godos.

El rey D. Rodrigo desapareció sin saber cómo de la pelea; unos dicen, murió atravesado por la lanza de Tarik, siendo cortada su cabeza y ofrecida como trofeo de la victoria al califa de Damasco; y otros, que huyendo hácia Portugal pereció ahogado en el rio. Dan como segura su muerte en este rio, porque á las orillas de aquel se encontró su caballo muerto, su sobrevesta, corona y calzado sembrado de perlas y pedrería (1).

Así concluyó el imperio de los godos, y comenzó para España esa guerra de más de siete siglos, la cual comenzó el ilustre Pelayo en Covadonga y concluyeron los Reyes Católicos Isabel y Fernando bajo los muros de la hermosa Granada.

ANTONIO HERNANDEZ Y PEREZ.

EFEMÉRIDES.

Febrero es uno de esos meses cuyas desigualdades astronómicas y naturales están en un completo envase, en un completo paralelismo con la historia. Así como hay días que el terne Neptuno tiende las olas de sus anchos mares por la seca tierra de los marchitos campos, y la dura y nacarada escarcha posa tenaz en los tempranos cálidos de las sonrosadas flores; así también hay días en que nuestro resplandeciente astro tiende sus rayos sobre la inundada arena, para enjugarle las lágrimas que en un tiempo han de servirle para su desarrollo.

Pues bien, en este mes, considerado históricamente, tenemos días regados de sangre y oprobio, por reyes entregados al vicio y ajenos á los vínculos sociales, á la par que días de radiante luz que se ha transmitido por las entrañas de los siglos.

El 3 de febrero de 1522 tuvo lugar la célebre derrota de los *Comuneros de Toledo*, en la famosa batalla de Villalar, que pagaron con sus vidas los principales caudillos, á pesar de la sangrienta defensa que sostuvo doña Juana Pacheco, mujer de Padilla.

El 5 del mismo mes, dió el Papa Julio II la investidura de rey de Navarra á D. Fernando el Católico, la que agregó á la corona de Castilla.

El 6 de febrero de 706 Witiza, rey godo español, despues de haber abierto la senda de su reinado con rectas y saludables medidas, arrastrado por infames y vergonzosas pasiones, se entregó y autorizó para que se entregasen los demás al camino del vicio y del crimen, hasta el punto de mandar el día arriba espresado, se diese fuego á un convento de monjas para quemarlas vivas en castigo de su pureza.

El 7 de 1587, despues de un cautiverio de 40 años, Isabel de Inglaterra, volviendo la cara á las leyes civiles y á los vínculos naturales, manda cortar la cabeza á su prima María Stuardo, en una sala del castillo donde habia sido reducida á prision, á los 45 años de edad.

El 10 de 1513, el pueblo de Madrid se amotinó por la noticia de la aparicion de D. Sebastian, rey de Portugal.

El 12 de febrero de 1698, tuvo lugar la muerte de Estanislao Poniatowski, último rey de Polonia, elevado al trono por empeño de Catalina II de Rusia.

El 15 de 1514, fué coronado rey de Polonia Enrique III, renunciando ésta corona, y ciñendo la de Francia á la muerte de su hermano Carlos IX, lo que produjo gran descontento entre los católicos.

El 16 de febrero de 1526, en virtud del tratado que se celebró en Madrid, sale Francisco I en libertad. Pero lejos de cumplir este tratado se adhirió á la liga de la libertad de Italia, en la que se hallaba el Papa Clemente VII. Carlos V, viendo que todo era inútil,

envió al Condestable de Borbon, y Roma fué tomada y saqueada.

El 20 de 1436 tuvo lugar el nacimiento del doctor Fray Francisco Jimenez de Cisneros, natural de Torrelaguna, religioso franciscano, hombre cuya grandeza de voluntad y talento político, le colocan al lado de los grandes hombres de Estado. Encargóse de la regencia por muerte y testamento del Rey Católico, á los ochenta años de edad.

El 21 de febrero de 1809, cayó en poder de las armas francesas la heroica é inmortal Zaragoza.

El 23 de 621, tuvo lugar la muerte de Sisebuto, rey godo de España; el cual arrojó á los imperiales de la Península, quedando solamente en poder de ellos algunas plazas de Portugal, que hoy se llaman *Los Algarbes*. Concluyó con acierto la guerra contra los piratas. Sin embargo, la historia le acusa del hecho de obligar, bajo pena de muerte, á que se bautizasen los judíos residentes en sus dominios, acto que mereció la censura de San Isidoro y del cuarto Concilio Toledano.

El 26 de 1532, ocurrió el grande hundimiento de la iglesia de San Miguel en Segovia.

El 28 de febrero de 1402, fué ungido rey Carlos III de Navarra, y desde este día quedó establecida tan augusta ceremonia, para los reyes de España.

S. VALLEJO HERNANDEZ.

ROCHEFORT.

El grabado que ocupa la cabecera de este número, representa la villa de aquel nombre, que forma parte del departamento de la Charente inferior, y que no era en su primitiva época más que un castillo rodeado de pobres cabañas, habitadas por alguna gente dedicada á la pesca y al cultivo de los terrenos.

En 1663, Colbert ideó establecer un puerto militar en el golfo de Gascuña, y el Castillo de Rochefort pasó á ser una villa.

El puerto, tal como hoy existe, se divide en dos partes; el puerto militar de una estension de más de dos kilómetros, ocupado siempre por numerosas embarcaciones de guerra, y el puerto mercantil formado por el rio ancho y profundo, sobre una estension indefinida. Los buques de mayor porte pueden arribar hasta Rochefort, que es el solo punto en la costa francesa del Atlántico, donde, en caso de tempestad, pueden refugiarse.

Entre sus edificios son notables el hospital de la marina, tan magnífico como un palacio, la escuela de medicina naval, la de hidrografía, los museos municipales de pintura é historia natural; el jardín público, que es una verdadera maravilla, y sobre todo el arsenal, casi tan grande como un pueblo.

Las calles de Rochefort están tiradas á cordel, y cortadas en ángulo recto, siendo dignos de llamar la atención sus grandes almacenes de víveres, y su movimiento comercial que la coloca con el número once entre los puertos franceses.

La cifra de sus habitantes escede de 30.000, sin incluir la poblacion flotante, que la haria subir acaso al doble.

LO QUE QUIERO SER.

Quisiera ser la rosa nacarada
de dulcísimo aroma sin igual,
que en su jarron de china colocada
embalsama tu alcoba virginal.

Quiero el pájaro ser que á la mañana
te suele despertar con su cancion,
batiendo con sus alas la ventana
al detener su vuelo en tu balcon.

Quisiera ser la fuente cristalina
en que á veces te sueles contemplar,
y de tu faz hermosa y peregrina
los encantos sublimes reflejar.

Quisiera ser en fin, el aura errante
para traerte aromas del Eden
y con su soplo cariñoso, amante
besar tu boca, acariciar tu sien.

F.

MARINA.

RECUERDOS DE LA VIDA DE ARTISTA EN ROMA.

(Continuacion.)

—¡Cómo! ¿Vos enviáis á un claustro á la desposada de Corinto? Recordad la leyenda; yo he de morir muy pronto. Además, yo, que amo tanto mi libertad, ¿habia de condenarme á obedecer siempre? Yo, que quiero vivir, ¿deberia aprender á morir? Yo, que adoro mi país, ¿deberia sujetarme á amar únicamente mi convento y al Papa? No, eso jamás.

—Entonces que vuestro destino se cumpla.

Para un estudiante en vacaciones me pareció que habia mostrado ya tener bastante juicio. La influencia de esta apacible noche y de esta mujer estraña me habian puesto pensativo de alegre que estaba. Walther se acercó; yo los dejé para ir á reunirme con mis compañeros, que bebían la última copa, dispuestos todos á partir.

La vuelta fué ruidosa y alegre. Los carruajes bajaron al trote largo la cuesta del Tivoli; la brisa fresca que soplabá y la rapidez de la carrera nos animaron todavia más; pero al llegar al pié de la montaña, los caballos, faligados, la subieron despacio, y poco á poco, las explosiones de nuestra alegría fueron disminuyendo. Como sucede ordinariamente, á la vivísima excitacion del placer siguió y se apoderó de todos una especie de melancolía. Para desvanecer esta impresion se rogó á Marina que cantase. Su voz era llena y varonil, como la de muchas italianas. Ella nos cantó un aire triste y dulce, del cual yo no recuerdo más que los dos primeros versos:

*T'amo d'in tanto,
T'amo col pianto.*

Este canto no era á propósito para reanimar nuestra alegría. Cuando terminó, se trató en vano de continuar la conversacion: esta, á pesar de los esfuerzos de todos, languidecia, y el silencio llegó, por fin, á imponerse. En honor de la verdad, lo cierto es que nadie tenia ganas de hablar y todos estábamos mejor callando. Nosotros podiamos decir, como se dice en Polonia, los ángeles pasaban, ó mejor dicho, pasaba la gloria, pues tal era el aspecto solemne de la campiña romana que flotaba delante de nuestros ojos y oprimia el alma con el peso de su grandeza. El majestuoso abandono de este desierto infinito en la apariencia, pues la vaga claridad de la luna hacia desaparecer todas las prominencias: la desnudez de los espacios, en cuyos senos vacíos ni un árbol, ni una choza, nada que indicase vida, rompía sus líneas monótonas: en vez del perfume de las plantas, los acres vapores del Solfatare, cuyas emanaciones sulfurosas parecían anunciar las cercanías del Averno ó del Erebo, y el reposo completo que reinaba y que no era turbado por el ruido de ningun sér animado, si se exceptúa el mugido lúgubre y sordo de algun búfalo tendido allá á lo lejos en los pantanos, todo contribuía á despertar en nosotros vagas ideas de la muerte y de la nada. El viento de la noche, rozando la ceniza de tantas tumbas, habia apagado nuestra alegría, como el aire frio que sale de un sepulcro apaga una lámpara.

Estos detalles, que conservo muy presentes en mi memoria, me causaron tanta mas impresion, cuanto que Marina, con su pálido rostro y su vestido blanco, se me apareció aquella tarde en aquel paisaje solitario, como el espectro de la Roma pagana recorriendo su imperio desierto.

A medida que íbamos conociendo mas á fondo á esta singularísima jóven, mejor comprendiamos la invencible atraccion que tenia y que arrastraba á Walther, y el peligro que este corria y que amenazaba su porvenir. Con este motivo al día siguiente por la tarde, cuando nos encontramos en el café, nos propusimos combatir aquel amor que habia de hacer á los dos desgraciados. Nosotros sabiamos que él analizaba todos sus sentimientos y se esforzaba en convergerlos á una idea general, con el objeto de hacerse él mismo la teoría, lo cual probaba que hasta en los mas escondidos pliegues de su pensamiento era preciso atacar

(1) P. Mariana. Historia de España.

su pasión; así que le preguntamos cómo este efecto se había apoderado de tal modo de su alma.

—¿Cómo explicarlo? nos dijo. El amor se siente, pero no se explica.... ¿Cómo podré hacerlos comprender mis impresiones sucesivas y el atractivo que me ha vencido? Todo lo que os podré decir es que ella es hermosa.

—Pero, repliqué yo, ¿qué amais en ella? ¿Es únicamente la armonía de sus facciones? Pues entonces adorad una estatua griega, que es la forma mas perfecta que existe. Esa belleza que queréis poseer se escapará siempre á vuestros sentidos groseros, porque no se la puede poseer mas que contemplándola. Suponed que se hace de noche ó que os volveis ciego, ¿qué os quedará de esas facciones que os fascinan? Nada. El que quiere estrechar en sus brazos la belleza, se parece al niño que quiere coger la luna. Hé ahí el origen de la locura insaciable de los que han creído satisfacer por medio de la pasión la sed de lo bello que había inflamado su corazón. Si en ese modelo amais la forma exterior, el cuerpo, ¿qué queréis mas si todos los días podeis admirar sus formas y reproducirlas con el pincel? Por mas que hagais, nunca podreis gozar de lo bello mas que por la vista que lleve la imagen á vuestra alma.

—Lo que decís es cierto, repuso Walther; y sin embargo, ¿cómo explicais que la chispa de una mirada enciende vuestra sangre, y que ciertas líneas del rostro hagan palpitar nuestro corazón. ¿Cómo explicais que el menor defecto físico baste muchas veces para impedir que el amor se manifieste? ¿El indio sabe, por ventura, lo que es la belleza del rostro, y exige que su salvaje compañera la posea? Sin duda que no. Hé aquí el hombre de la naturaleza. Nosotros tenemos un sentido mas, y tanto pintores como escultores trabajamos por hacerle nacer ó por hacerle mas delicado. Esto sin disputa es bueno en las artes; pero no es preciso obedecer á este gusto de lo bello cuando se trata de elegir la persona que no debe tener otro valor á nuestros ojos que los que tengan las cualidades de su inteligencia ó de su corazón. Todos estos razonamientos me los ha hecho mil veces; pero ¡ay de mí! todas esas bellas teorías y otras mas que suprimo por no hacerme enojoso y pesado, una mirada de sus ojos ha bastado para deshacerlas, y yo no he podido menos de reconocer el misterioso imperio que ejerce la belleza en el hombre al sentir que cedia á su poder.

Nosotros discutimos largo rato sin poder entendernos; lo que fue fácil conocer es, que el amor estaba demasiado arraigado en el alma del artista para que nuestras palabras pudiesen contribuir á borrarle aquella pasión, mucho mas si se atiende á que él mismo veía mejor que nosotros los motivos que debían haberle impulsado á alejarse de aquella tentación que le atraía.

Algunos días despues yo volví á ver otra vez á Marina, y esta fué la última. Entonces tuvimos ocasión de hablar bastante tiempo con ella. Hé aquí en qué circunstancias nos la encontramos. Una tarde que habíamos ido á vistar de nuevo los museos del Vaticano, al atravesar la primera galería que sirve de vestíbulo á las demas, y en donde se han colocado los restos de las tumbas cristianas y paganas y de numerosas inscripciones, en el hueco profundo de una ventana apercibimos á Marina, que estaba muy ocupada en descifrar algunas líneas trazadas con lápiz en la pared.

—Mirad, nos dijo, ¿podeis leer estos versos? El principio está en latín, el cual no entiendo, y lo demás, aunque está en italiano, hay una porción de palabras que no puedo descifrar.

Fijándonos un poco, pudimos conseguir leer ocho versos, que iban precedidos de un epigrafe tomado de Horacio. Yo los copié en mi cartera; hélos aquí:

Debemur morti nos nostraque.

Il passato non é, ma se lo pinge

La pura rimembranza.

Il futuro non é, ma se lo finge

La credula speranza.

Il presente solo é, ma fuge sempre

Nulla nel senno.

Così la via é memoria, speranza

E un punio (4).

(4) El pasado no existe, pero la memoria nos finge una vaga imagen. El porvenir no existe; pero la crédula esperanza se lo imagina. El presente únicamente existe; pero huye siempre, sin que lo pueda sujetar nunca el pensamiento. De modo que, entre el recuerdo y la esperanza, la vida no es mas que un punto. Habiendo vuelto algun tiempo despues á Roma, no encontré estos versos italianos. Las paredes de la galería del Vaticano las habian blanqueado.

Estas ocho líneas rimadas, escritas con lápiz en la pared, no tenían verdaderamente nada de notable, pues no hacian mas que repetir, á propósito del insignificante valor que tiene la vida, un pensamiento dicho mil veces bajo mil formas diversas; pero deletreados allí, en los muros del Vaticano, en medio de las ruinas de todas esas tumbas, desde las edades desconocidas de la Etruria hasta los tiempos de las catacumbas, entre esas reliquias de tantos siglos y esas inscripciones consagradas á la muerte de tantos seres llorados un dia y perdidos luego para siempre en la eternidad; esos versos, bastante medianos, tomaron una fuerza extraordinaria, y en aquel entonces nos llegaron á impresionar. Ninguno que visite estos lugares se escapa á la influencia que ellos ejercen en nuestra alma; por lo que obran casi siempre mas en la imaginación algunas palabras descifradas en las ruinas del Capitolio ó en las piedras de las Pirámides, que una estrofa magnífica leída en la obra impresa de un gran poeta.

—El que ha escrito estos versos tiene razón, dijo Marina. Yo soy una pobre ignorante, y, sin embargo, he tenido diferentes veces el mismo pensamiento. ¿Qué es vivir? Pasar. Y hasta este corto pasaje, este punto es con frecuencia doloroso: un sufrimiento, una agonía, ¿qué más? Pero, añadí, no nos detengamos aquí. ¿Me permitís y queréis que os enseñe las estatuas que merecen mi preferencia? No temais rebajaros porque os vean conmigo. Voy vestida de aldeana, y el que nos mire se creará que soy la mujer de alguno de vuestros arrendatarios, á quien queréis enseñar lo más notable que encierra la ciudad.

Sucesivamente nos hizo detener delante de las figuras que ella miraba con más admiración, y la verdad sea dicha, nosotros declinamos nuestra opinión ante la seguridad de su gusto. Cuando salimos del Vaticano nos propuso enseñarnos una vista de Roma mas completa que todas las que habíamos podido admirar hasta entonces.

Ella nos condujo por las calles desiertas y pobres, que se abren inmediatamente detrás de la columnata de San Pedro, y trepamos por una callejuela estrecha que terminaba en una senda encajonada entre piedras y maleza, hasta cerca del convento de San Onofre, en el que murió el Tasso. Estábamos en el Janículo, una de las siete colinas, y Roma se extendía á nuestros piés por las dos orillas del Tiber, rodando sin cesar sus rizadas aguas por entre los puentes de los emperadores y los papas. La vista, en efecto, era imponente. A la derecha, el sol, que se hundía en las vecinas ondas del Mediterráneo, iluminaba con sus dorados rayos las casas, los monumentos y las montañas. A su tibia luz aparecían, dominando la planta plebeya de los edificios modernos, los restos poderosos de las construcciones antiguas; la cúpula aplanada del Panteón, que se parecía á la concha de una tortuga gigantesca; las bóvedas abiertas de la gran Basílica, que de lejos se hubiesen tomado por inmensas cavernas; los grandes pedazos de muralla del Coliseo, arrancados como rocas quebrantadas por una revolución geológica; las columnas del templo de Júpiter Stator en su altivo aislamiento, y despues frente de nosotros los jardines del Pincio, y las líneas elegantes de la villa Médicis en medio de sus bosquecillos de verdes encinas. Por un lado el Soracto y por el otro las alturas mas cercanas del Tusculum, y de Rocca di Papa destacaban sus llanuras acentuadas de un color violeta sobre un cielo de un verde cada vez más pálido, á medida que el sol se hundía en el horizonte, como en los cuadros de Francia y Perugia.

—Esto es bello, ¿no es cierto? nos dijo Marina: pero ¿habeis visto Nápoles?

—No, aun no; quizá pasaremos por allí cuando salgamos de Roma.

—En Nápoles sí que es preciso vivir, replicó ella. Allí los monumentos del hombre desaparecen; es la tierra y el mar los que os festejan; el mar sobre todo. Por el gran cariño que profeso al mar, y porque hablo tan frecuentemente de él, me han dado el sobrenombre de Marina.

—¿Habeis sido educada en Nápoles? le dije, con la esperanza de tener algunos detalles acerca de su vida pasada.

—Sí, respondió; mi infancia y mi adolescencia se han deslizado á las orillas del golfo, mas allá del Pausilippo, en una villa perteneciente á un rico señor, que despues se me ha dicho era mi padre, pero el cual no me ha reconocido por su hija. A su muerte, que so-

brevino súbitamente, sus parientes entraron en posesión de sus bienes y yo me encontré privada de todo recurso. Uno de los criados de la casa que me habian servido se apiadó de mi situación y me envió á Roma, á casa de una hermana suya, que ofrecía ocuparme en su taller de labor; pero yo no servía para nada. Con este motivo, se cansaron de mi, yo lo comprendo, y por esto, y como quiera que yo amaba con pasión los grandes cuadros y sobre todo las bellas estatuas, me decidí á trabajar por el arte... á mi manera, añadí sonriendo tristemente.

Lo que nosotros deseábamos saber era cómo ese gusto tan pronunciado por las obras de arte, se habia desarrollado en ella hasta tal punto. Ella no se negó á responder, y lo hizo en algunas palabras inspiradas y llenas de una especie de poesía á la vez popular y enfática, de la cual yo recuerdo el sentido, pero no puedo presentar una muestra de su forma original.

—Mi padre, dijo, no se ocupaba apenas de mí. Yo he vivido sola. Me hacia aprender muy pocas cosas, y hasta esas pocas me disgustaban. Yo prefería contemplar los bosques, las campiñas y el mar. Cuando mas tarde hablaba de mis impresiones, no me comprendían. Alrededor de mí, por ejemplo, no se miraban los naranjos y las higueras mas que para ver si sus frutos estaban maduros y buenos para comer. Yo contemplaba con placer los naranjos por sus manzanas de oro y su bello follaje metálico, y las higueras por sus frutos de púrpura sombreados por sus hojas elegantemente cortadas. Mis mas vivos y mejores recuerdos me transportan á ciertos dias pasados en contemplar las tintas brillantes de las aguas en el golfo, los esplendores del sol en el crepúsculo de la tarde, abrasando con su luz las cimas del Vesubio y del San Angelo; Nápoles todo en anfiteatro, y las encinas verdes de Chisia con sus grandes sombras azuladas.

Esas vistas me encantaban sin cansarme jamás, y el apacible exámen de una flor ó de un insecto me llenaban de admiración y de alegría. Yo me acuerdo tambien, entre otras cosas, de una mañana que pasé por entero en las orillas del mar, debajo de los árboles que formaban espesos bosques desde la ciudad hasta la ribera. Yo me divertía removiendo con mis piés desnudos metidos en el agua, las chinias y conchas de mil colores que formaban el fondo, y en hacer y volver á hacer extraños mosaicos de esta manera, que la onda limpia y ligera plateaba con un vivo rayo siempre movable. En los castaños se oía el ronco estremecimiento de las ramas. Esto era á fines de abril. El calor se hacia sentir, pero estaba templado por la frescura de las sombras y del mar, y no se hacia sentir menos la influencia del sol, que lo iluminaba todo. Me parece que esta mañana fué ayer, y por lo tanto no encuentro nada parecido á aquello....

(Se continuará.)

REGRESO DEL PAPA A ROMA.

Todos saben que Su Santidad el Papa Pio IX, habita fuera de Roma durante el verano, siendo generalmente el punto de su residencia el histórico palacio de Castel Gandolfo. Nuestro grabado de la plana cuarta, representa el momento de su regreso á la ciudad eterna, entre las aclamaciones del pueblo, y las tropas francesas encargadas de su custodia.

Generalmente le acompaña en su expedición su primer secretario, y lo mismo en Castel Gandolfo que en el Vaticano, la vida de Su Santidad es modesta y sencilla en extremo, como corresponde al que tan elevada misión tiene que cumplir. El Papa madruga mucho, lee bastante, y recibe además, sin etiqueta, y á todas horas, á los numerosos extranjeros que acuden á besar sus plantas.

LA DIANA DE 4.º DE AÑO

EN EL PALACIO DE LAS TULLERÍAS.

Es costumbre tradicional en la guarnición de París, que el dia 4.º de año acudan á la gran plaza de las Tullerías, ó sea lo que vulgarmente se llama el Carrousel, todos los tambores de los cuerpos encerrados en aquella gran ciudad, los cuales solemnizan con una estrepitosa diana la llegada del año nuevo.

Bastará saber, para mejor inteligencia del grabado, que pasa de 2.000 el número de estos tambores, pudiéndose por esto calcular lo animado del concierto que hace pocas semanas habrá despertado á la familia imperial, y á todas las familias que habitan en la orilla del Sena.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIÈRE

MADRID: 1866.—Imprenta de R. LABajos, Cabeza, 42, principal.

PLAZA DEL CONGRESO DE BRUSELAS.

Entre los edificios más notables de Bruselas, descuella en primer lugar el magnífico palacio del Congreso, en cuya plaza se levanta el monumento cuya copia ofrecemos á nuestros lectores.

Sabido es el dolor con que aquella población acogió la muerte de su rey, y los suntuosos funerales con que celebró su memoria, al ser conducido su cadáver desde el Castillo de Lacken á la corte.

Nuestro dibujo representa el momento en que la muchedumbre espera el paso del convoy fúnebre, al mismo tiempo que aclama al monarca heredero. El pueblo de Bruselas conservará recuerdo eterno de esta ceremonia, que atestigua el amor que profesa á su dinastía, representada hoy por los soberanos cuyos retratos damos en este mismonúmero.

EL POETA.

SONETO.

(Traducción de Thévenot.)

Cual ruisenior que en la arboleda umbria
trinos entona que recoge el viento
sin que acallar consiga su lamento
el rebramar de la tormenta impia;
así el poeta por do quier envia
las flores que brotó su pensamiento,
sin apagar su fé ni su ardimiento
la tempestad del mundo y su falsia.
¡Pobre poeta! en su existir penoso
solo, en cantar su porvenir se encierra,
solo en cantar estriba su ventura:
Cantando cumple su destino hermoso,
y aunque su voz no atienden en la tierra
suenan su canto en la celeste altura.

CARLOS CANO



PLAZA DEL CONGRESO DE BRUSELAS, DECORADA PARA LOS FUNERALES DE LEOPOLDO I.

ADVERTENCIA.

Con el presente número principia el segundo año de publicación de *El Periódico ilustrado*. Repartimos por lo tanto la cubierta para encuadernar el tomo anterior, la cual se venderá á real á los que no siendo suscritores hayan tomado los números sueltos, y deseen formar con ellos colección. Según los lectores verán por la circular adjunta, las dificultades que hasta hoy se han opuesto á nuestra publicación están vencidas, y en lo sucesivo seremos puntuales en el reparto, y *El Periódico ilustrado* nada dejará que

desear, lo mismo en su parte literaria que en la material y administrativa. Los nuevos suscritores que deseen adquirir la colección del año anterior la obtendrán al precio de 16 rs. con su cubierta.

Próximamente indemnizaremos á nuestros antiguos abonados de los números retrasados por efecto de las circunstancias, sin perjuicio de seguir enviándoles los que se publiquen hasta cubrir el tiempo de su suscripción. *El Periódico ilustrado*, entra, pues, en una nueva época, y con el

favor del público esperamos llegará pronto á ser lo que nos propusimos al crearlo. Una palabra, y concluimos; de hoy en adelante todo lo relativo á la parte literaria de esta publicación, está á cargo de D. Manuel del Palacio, á cuyo nombre se dirigirán los artículos y correspondencias que traten del asunto: las concernientes á la parte económica, como abonos, reclamaciones y demás, deben enviarse con sobrecubierto á la Administración, calle de Carretas, 8, 2.^o